

Quedó tan sano y tan bueno
Como primero.

TRISTAN —(¡Ya escampal)

D. GAR.—Esto no me lo contaron,
Yo mismo lo ví.

TRISTAN —Eso basta.

D. GAR.—De la verdad, por la vida,
No quitaré una palabra.

TRISTAN (¡Que ninguno se conozca!)
—Señor, mis servicios paga
Con enseñarme ese ensalmo.

D. GAR.—Está en dicciones hebraicas,
Y si no sabes la lengua
No has de saber pronunciarlas.

TRISTAN—¿Y tú, sabesla?

D. GAR. —¡Qué bueno!
Mejor que la castellana:
Hablo diez lenguas.

TRISTAN —(Y todas
Para mentir no te bastan:
Cuerpo de verdades lleno
Con razon el tuyo llaman,
Pues ninguna salé dél
Ni hay mentira que no salga.)

D. BEL. (Ap. á D. Juan) ¿Qué decis?

D. JUAN —Estoes verdad;
Ni caballero, ni dama
Tiene, si mal no me acuerdo,

Desos nombres Salamanca.

D. BEL. (Sin duda que fué invencion
De García, cosa es clara;
Disimular me conviene.)
—Goceis por edades largas
Con una rica encomienda
De la Cruz de Calatrava.

D. JUAN—Creed que siempre he de ser
Más vuestro, cuanto más valga;
Y perdonádme, que agora
Por andar dando las gracias
A esos señores, no os voy
Sirviendo hasta vuestra casa.

ESCENA VIII.

DON GARCÍA, TRISTAN Y DON BELTRAN.

D. BEL.—¡Válgame Dios! ¿Es posible
Que á mí no me perdonaran
Las costumbres deste mozo?
¿Que aun á mí en mis propias canas
Me mintiese, al mismo tiempo
Que riéndoselo estaba?
¿Y que le creyese yo
En cosa tan de importancia
Tan presto, habiendo ya oído
De sus engaños la fama?
Mas ¿quién creyera que á mí

Me mintiera, cuando estaba
 Reprendiéndolo eso mismo?
 ¿Y qué juez se recelara
 Que el mismo ladron le robe,
 De cuyo castigo trata?

TRISTAN.—¿Determinaste á llegar?

D. GAR.—Sí, Tristan.

TRISTAN —Pues Dios te valga.

D. GAR.—Padre....

D. BEL. —No me llames padre,

Vil; enemigo me llama;
 Que no tiene sangre mia
 Quien no me parece en nada.
 Quitate de ante mis ojos,
 Que por Dios, si no mirara....

TRISTAN (*á don García aparte*).

—El mar está por el cielo;
 Mejor ocasion aguarda.

D. BEL.—¡Cielos! ¿Qué castigo es este?
 ¿Es posible que á quien ama
 La verdad, como yo, un hijo
 De condicion tan contraria
 Le diésedes? ¿Es posible
 Que quien tanto su honor guarda,
 Como yo, engendrase un hijo
 De inclinaciones tan bajas?
 ¿Y á Gabriel, que honor y vida
 Daba á mi sangre y mis canas,

Llevásedes tan en flor?
 Cosas son, que á no mirarlas
 Como cristiano....

D. GAR. —(¿Qué es esto?)

TRISTAN (*al oido á don García*).

—Quitate de aqui: ¿qué aguardas?

D. BEL.—Déjanos solos, Tristan;

Pero vuelve, no te vayas.
 Por ventura la vergüenza
 De que sepas tú su infamia,
 Podrá en él, lo que no pudo
 El respeto de mis canas.
 Y cuando ni esta vergüenza
 Le obligue á enmendar sus faltas,
 Servirále por lo ménos
 De castigo el publicallas.
 Dí, liviano, ¿qué fin llevas?
 Loco, dí, ¿qué gusto sacas
 De mentir tan sin recato?
 ¿Y cuando con todos vayas
 Tras tu inclinacion, conmigo
 Siquiera no te enfrenaras?
 ¿Con qué intento el matrimonio
 Fingiste de Salamanca,
 Para quitarles tambien
 El crédito á mis palabras?
 ¿Con qué cara hablaré yo
 A los que dije que estabas

Con doña Sancha de Herrera
 Desposado? ¿Con qué cara,
 Cuando sabiendo que fué
 Fingida esta doña Sancha,
 Por cómplices del embuste
 Infamen mis nobles canas?
 ¿Qué medio tomaré yo
 Que saque bien esta mancha,
 Pues á mejor negociar,
 Si de mí quiero quitarla,
 He de ponerla en mi hijo?
 Y diciendo que la causa
 Fuiste tú, ¿he de ser yo mismo
 Pregonero de tu infamia?
 Si algun cuidado amoroso
 Te obligó á que me engañaras,
 ¿Qué enemigo te oprimía?
 ¿Qué puñal te amenazaba,
 Sino un padre, padre al fin?
 Que este nombre solo basta
 Para saber de qué modo
 Le enternecieron tus ansias.
 ¡Un viejo que fué mancebo
 Y sabe bien la pujanza
 Con que en pechos juveniles
 Prenden amorosas llamas!

D. GAR.—Pues si lo sabes, y entónces
 Para excusarme bastara;

Para que mi error perdones,
 Agora, padre, me valga.
 Parecerme que seria
 Respetar poco tus canas
 No obedecerte, pudiendo,
 Me obligó á que te engañara.
 Error fué, no fué delito;
 No fué culpa, fué ignorancia;
 La causa amor, tú mi padre;
 Pues tú dices que esto basta.
 Y ya que el daño supiste,
 Escucha la hermosa causa,
 Porque el mismo dañador
 El daño te satisfaga.
 Doña Lucrecia, la hija
 De don Juan de Luna, es alma
 Desta vida: es principal
 Y heredera de su casa;
 Y para hacerme dichoso
 Con su hermosa mano, falta
 Solo que tú lo consientas,
 Y declares que la fama
 De ser yo casado tuvo
 Ese principio, y es falsa.

D. BEL.—No, no, ¡Jesus! calla: ¿en otra
 Habias de meterme? basta.
 Ya, si dices que esta es luz,
 He de pensar que me engañas.

D. GAR.—No, señor, lo que á las obras
Se remite, es verdad clara;
Y Tristan, de quien te fias,
Es testigo de mis ansias:
Dilo, Tristan.

TRISTAN —Si, señor,
Lo que dice es lo que pasa.

D. BEL.—¿No te corres desto? di:
¿No te avergüenzas, que hayas
Menester que tu criado
Acredite lo que hablas?
Ahora bien: yo quiero hablar
A don Juan; y el cielo haga
Que te dé á Lucrecia, que eres
Tal, que ella es la engañada.
Mas primero he de informarme
En esto de Salamanca;
Que ya temo, que en decirme
Que me engañaste, me engañas:
Que aunque la verdad sabia
Antes que hablarte llegara,
La has hecho ya sospechosa
Tú con solo confesarla. (Vase.)

D. GAR.—Bien se ha hecho.

TRISTAN —¡Y cómo bien!
Que yo pensé que hoy probabas
En ti aquel ensalmo hebreo
Que brazos cortados sana.

ESCENA IX.

Sala con vista á un jardin en casa de doña Lucrecia.

DON JUAN, ANCIANO, Y DON SANCHO, Y POCO DESPUES
UN CRIADO QUE HABLA Y SE VA.

D. JUAN—Parece que la noche ha refrescado.

D. SAN.—Señor don Juan de Luna, para el rio
Este fresco en mi edad es demasiado.

D. JUAN—Mejor será que en ese jardin mio
Se nos ponga la mesa, y que gocemos
La cena con sazon, templado el frio.

D. SAN.—Discreto parecer, noche tendrémus
Que dar á Manzanares mas templada;
Que ofenden la salud estos extremos.

D. JUAN (*Dirigiéndose hácia adentro.*)
—Gozad de vuestra hermosa convidada
Por esta noche en el jardin, Lucrecia.

D. SAN.—Veaisla, quiera Dios, bien empleada;
Que es un ángel.

D. JUAN —De mas de que no es necia,
Y ser cual veis, D. Sancho, tan hermosa,
Méno que la virtud la vida precia.

CRIADO. (*A don Sancho.*)

—Preguntando por vos don Juan de Sosa
A la puerta llegó y pide licencia.

D. SAN.—¿A tal hora?

D. JUAN —Será ocasion forzosa.

D. SAN.—Éntre el señor don Juan.

ESCENA X.

DICHOS, Y DON JUAN CON UN PAPEL.

D. JUAN— A esa presencia,
Sin el papel que veis, nunca llegara;
Mas ya con él faltaba la paciencia:
Que no quiso el amor que dilatara
La nueva un punto, si alcanzar la gloria
Consiste en eso de mi prenda cara.

Ya el hábito salió: si en la memoria
La palabra teneis que me habeis dado,
Colmaréis, con cumplirla, mi vitoria.

D. SAN.—Mi fe, Sr. D. Juan, habeis premiado,
Con no haber esta nueva tan dichosa
Por un momento solo dilatado:

A darla voy á mi Jacinta hermosa:
Y perdonad, que por estar desnuda
No la mando salir. (Vase.)

D. JUAN (*anc.*) —Por cierta cosa
Tuvesiempre el vencer; que el cielo ayuda
La verdad mas oculta; en ser premiada
Dilacion pudo haber, pero no duda.

ESCENA XI.

DON JUAN, ANCIANO, DON JUAN DE SOSA, Y DON
GARCÍA, DON BELTRAN, Y TRISTAN, QUE SALEN POR
EL LADO OPUESTO A LA PATE POR DONDE SE FUÉ
DON SANCHO.

D. BEL.—Esta no es ocasion acomodada
De hablarle, que hay visita; y una cosa
Tan grave á solas ha de ser tratada.

D. GAR.—Antes nos servirá don Juan de Sosa
En lo de Salamanca por testigo.

D. BEL. ¡Que lo hayais menester! Qué infame cosa!
En tanto que á don Juan de Luna digo
Nuestra intencion, podeis entretenello.

D. JUAN (*anc.*)—¿Amigo don Beltran?

D. BEL. —Don Juan, amigo.

D. JUAN (*anc.*)—¿A tales horas tal exceso?

D. BEL. —En ello
Conoceréis que estoy enamorado.

D. JUAN (*anc.*)—Dichosa la que pudo merecello.

D. BEL.—Perdon me habeis de dar, que haber hallado
La puerta abierta, y la amistad que os tengo,
Para entrar sin licencia, me la han dado.

D. JUAN *anc.* Cumplimientos dejad, cuando prevengo
El pecho á la ocasion de esta venida.

D. BEL.—Quiero deciros, pues, á lo que vengo.

D. GAR. (*y don Juan hablan aparte, mientras don Beltran y don Juan, anciano, conversan en secreto.*)

—Pudo, señor don Juan, ser oprimida
De algun pecho de envidia emponzoñado
Verdad tan clara, pero no vencida.
Podeis por Dios creer que me ha alegrado
Vuestra vitoria.

D. JUAN —De quien sois lo creo.

D. GAR.—Del hábito goceis encomendado,
Como vos mereceis y yo deseo.

D. JUAN (*anc.*)—Es en eso Lucrecia tan dichosa,
Que pienso que es soñado el bien que veo;
Con perdon del señor don Juan de Sosa,
Oid una palabra, don García:
Que á Lucrecia queréis por vuestra esposa
Me ha dicho don Beltran.

D. GAR. —El alma mia,
Mi dicha, honor y vida está en su mano.

D. JUAN (*anc.*) Yo desde aquí por ella os doy la mia;
(*Se dan las manos.*)
Que como yo sé en eso lo que gano,
Lo sabe ella tambien, segun la he oído
Hablar de vos.

D. GAR. —Por bien tan soberano
Los piés, Sr. D. Juan de Luna, os pido.

ESCENA XII.

DICHOS, DON SANCHO, D.^a JACINTA Y D.^a LUCRECIA.

D.^a LUC.—Al fin tras tantos contrastes,
Tu dulce esperanza logras.

D.^a JAC.—Con que tú logres la tuya
Seré del todo dichosa.

D. JUAN (*anc.*)—Ella sale con Jacinta
Ajena de tanta gloria,
Más de calor descompuesta
Que aderezada de boda:
Dejad que albricias le pida
De una nueva tan dichosa.

D. BEL.—Acá está don Sancho; mira
En qué vengo á verme agora.

D. GAR.—Yerros causados de amor,
Quien es cuerdo los perdona.

D.^a LUC. (*á don Juan, anciano, con quien ha estado hablando en secreto.*)
—¿No es casado en Salamanca?

D. JUAN (*anc.*)—Fué invencion suya engañosa,
Procurando que su padre
No le casase con otra.

D.^a LUC.—Siendo así, mi voluntad
Es la tuya, y soy dichosa.

- D. SAN.—Llegad, ilustres mancebos,
A vuestras alegres novias,
Que dichosas se confiesan
Y os aguardan amorosas.
- D. GAR.—Agora de mis verdades
Darán probanza las obras.
(*Acércanse don García y don Juan á
doña Jacinta.*)
- D. JUAN.—¿Adónde vais, don García?
Veis allí á Lucrecia hermosa.
- D. GAR.—¿Cómo Lucrecia?
- D. BEL.—¿Qué es esto?
- D. GAR. (*A doña Jacinta.*)
—Vos sois mi dueño, señora.
- D. BEL.—¿Otra tenemos?
- D. GAR.—Si el nombre
Erré, no erré la persona.
Vos sois á quien yo he pedido;
Y vos, la que el alma adora.
- D.^a LUC.—Y este papel engañoso,
(*Saca un papel.*)
Que es de vuestra mano propia,
Lo que decís, ¿no desdice?
- D. BEL.—¿Que en tál afrenta me pongas!
- D. JUAN.—Dadme, Jacinta, la mano,
Y daréis fin á estas cosas.
- D. SAN.—Dale la mano á don Juan.
- D.^a JAC.—Vuestra soy.

- D. GAR.—(Perdí mi gloria.)
- D. BEL.—Vive Dios, si no recibes
A Lucrecia por esposa,
Que te he de quitar la vida.
- D. JUAN, *anc.*—La mano os he dado agora
Por Lucrecia, y me la distes;
Si vuestra inconstancia loca
Os ha mudado tan presto,
Yo lavaré mi deshonor
Con sangre de vuestras venas.
- TRISTAN (*á don Gar.*)—Tú tienes la culpa toda;
Que si al principio dijeras
La verdad, esta es la hora
Que de Jacinta gozabas.
Ya no hay remedio: perdona,
Y dá la mano á Lucrecia,
Que también es buena moza.
- D. GAR.—La mano doy, pues es fuerza.
- TRISTAN—Y aquí verás cuán dañosa
Es la mentira, y verá
El senado, que en la boca
Del que mentir acostumbra,
Es la verdad sospechosa.

FIN.